



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

LOS MISTERIOS DE LA INFANCIA DE JESÚS

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=4bUf-rrkw2w>

En estos días previos a la Epifanía en los que nos encontramos en esta Navidad, para que podamos, en esta presencia del Señor en la que estamos, empaparnos de esa gran Revelación que tiene lugar en este momento primero del año, he echado mano en esta charla de unos puntos del Catecismo de la Iglesia Católica en el contexto de la explicación del Credo.

Hay un apartado en el que el Catecismo dice *“Los misterios de la infancia de Jesús”*. Lo distingue de *“los misterios de la vida oculta de Jesús”*. Los misterios de la vida oculta de Jesús son los que hacen referencia a la vida en Nazaret, al trabajo con José, a Jesús perdido y hallado en el Templo. Esos son los misterios de la vida oculta.

Pero los misterios de la infancia de Jesús a los que se refiere el Catecismo son cuatro: **la Circuncisión, la Epifanía, la Presentación en el Templo y la Huida a Egipto**. Yo quisiera hablar de estos cuatro misterios para que nos introduzcamos más plenamente en la Navidad. Recientemente hemos celebrado el Nacimiento del Señor y la Maternidad Divina de María. Y creo que estos misterios, especialmente el de la Epifanía, terminan de mostrarnos el misterio de la Encarnación de Dios.

El primero de los puntos es el que hace referencia a la **Circuncisión**, el 527. Y dice: ***“La Circuncisión de Jesús al octavo día de su nacimiento es señal de su inserción en la descendencia de Abraham, en el pueblo de la Alianza, de su sometimiento a la Ley y de su consagración al culto de Israel en el que participará durante toda su vida. Este signo prefigura “la circuncisión en Cristo”, que es el Bautismo (Col 2, 11-13)”***.

Obviamente la circuncisión es un signo que no pertenece únicamente al pueblo de Israel, sabemos que hay otros pueblos que también lo han realizado, los egipcios, por ejemplo, y otras culturas. Es posible que la circuncisión tenga en muchos pueblos un sentido espiritual, que sea el de la apertura al don. De hecho, vamos a decir que incluso en algunas tradiciones cristianas actuales, como la de los coptos o la de los cristianos etíopes continúa haciéndose la circuncisión viviendo la vida cristiana también acompañándola de este signo. Pero sin duda alguna, este signo pasó a ser un signo de pertenencia al pueblo elegido. Pasó a ser signo de la descendencia de Abraham.

Como tantas otras cosas, Jesús asume el Antiguo Testamento, se muestra como el cumplimiento de todas las promesas que habían sido hechas en el Antiguo Testamento. Pero al mismo tiempo lo supera. Cumple la expectativa, pero la purifica y la lleva a su culminación. Jesús no ha venido únicamente en su Revelación para culminar las expectativas que había sobre Él, sino que también ha venido para suscitar en nosotros

las verdaderas expectativas. Jesús no solo ha venido a responder las preguntas que tenemos, sino a enseñarnos a formular las verdaderas preguntas. En eso también consiste la Revelación de Dios.

Y en ese sentido Jesús se circuncida. Con ello entra a formar parte claramente del pueblo de Israel, pero al mismo tiempo porque es consciente de que Israel se ha pegado al signo y ha ido perdiendo su vocación a la universalidad, a ser instrumento de Dios, a la revelación al mundo, y ha dividido el mundo entre circuncisos e incircuncisos, y ha entendido este signo de una manera carnal y no de una manera espiritual. Jesús termina sustituyendo la circuncisión, por el bautismo. Lo tenéis en Colosenses, capítulo segundo, versículos 11 y siguientes, cuando dice, *"En él fuisteis también circuncidados, pero no con una circuncisión quirúrgica, sino mediante el despojo de vuestro cuerpo mortal por la circuncisión en Cristo"*. Es curioso, le llama al bautismo la circuncisión en Cristo.

Entonces, ¿cuál es la espiritualidad de la circuncisión? La espiritualidad de la circuncisión no es ni más ni menos que la de nacer a un hombre nuevo. Es la misma a la que se refiere San Juan con Nicodemo: "si no nacéis de nuevo". Ser circuncidados en Cristo es quitar todo tipo de barreras que nos impiden amar, que nos impiden acoger el Amor de Dios. Jesucristo fue quien quitó las barreras que separaban a los pueblos, que nos separaban del prójimo o que nos separaban de Dios. La Circuncisión en Cristo, el Bautismo, alcanza este sentido espiritual. Circuncidar el corazón significa quitar del corazón todo aquello que nos impide amar y abrirnos al don de la vida que Dios quiere transmitirnos, que nos impide ser libres para entregarnos a Dios, quitar los apegos del corazón. Circuncida tu corazón, quítate apegos. Ten un corazón libre para poder acoger el Amor de Dios. Solamente un corazón circuncidado puede acoger este misterio de la Navidad. Es como decir, "Somos tuyos y no hay nada que me impida ser tuyo".

Permitidme un comentario porque he sido obispo de Palencia y en estas fechas no puedo por menos de recordar que allí el 1 de enero, en nuestra diócesis de Palencia se celebra el día del Bautismo del Niño Jesús. Sí, el Bautismo del Niño Jesús, con una procesión de novias, en la que no falta ni el alcalde, ni el presidente de la Diputación, ni ninguna autoridad. Y entonces sale el Niño Jesús, porque allí en Palencia no se va a esperar a que tenga 30 años para bautizarle. Entonces se le bautiza en una fiesta, es increíble. Yo curiosamente he descubierto que en la cofradía del Bautismo del Niño Jesús allí en Palencia, existen algunos cuadros antiquísimos sobre la Circuncisión de Jesús. Es curioso que en ese contexto cabe la posibilidad de que en algún momento en que algunos judíos pasaron a convertirse a la fe de Jesucristo, y desde esta también iluminación paulina, entendieron también en el bautismo un cumplimiento de lo que espiritualmente evocaba la circuncisión. Entonces, al mismo tiempo que en esa cofradía se guardan los cuadros de la circuncisión de Jesús, se celebra el bautismo del Niño Jesús.

Lo principal, y como conclusión de esta primera reflexión que he hecho, es que en este misterio de la Navidad pedimos al niño Dios un corazón circuncidado, un corazón despojado de todo aquello que nos impide recibir su amor y amar a los demás.

El siguiente punto del catecismo, el 528, el segundo misterio de la infancia de Jesús: **la Epifanía**. Comienza diciendo este punto: ***"La Epifanía es la manifestación de Jesús como Mesías de Israel, Hijo de Dios y Salvador del mundo. Con el bautismo de***

Jesús en el Jordán y las bodas de Caná, la Epifanía celebra la adoración de Jesús por unos “magos” venidos de Oriente”. Y continúa.

No sé si esta referencia os recuerda, seguro que sí, a que cuando uno reza la Liturgia de las Horas, el día de la Epifanía se suele llevar una pequeña sorpresa. Yo recuerdo que en mi tiempo de seminarista para mí fue una sorpresa, un misterio, al rezar las segundas vísperas del día de la Epifanía, descubrir la antífona del *Magnificat*, un poco sorprendente, que allí dice, *"Veneremos en este día santo tres prodigios: Hoy la estrella condujo a los magos al pesebre. Hoy el agua se convirtió en vino en las bodas de Caná. Hoy Cristo fue bautizado por Juan en el Jordán para salvarnos"*. Es una antífona sorprendente la que, hoy, en el mismo día de la Epifanía, mete otros dos episodios que nosotros entendemos como distintos, el de las bodas de Caná, donde Jesús convierte el agua en vino, y el del bautismo de Jesús en el río Jordán.

Tal vez después, San Juan Pablo II, cuando introdujo estos dos episodios en los Misterios Luminosos nos ayudó también a entender por qué esa antífona de las segundas vísperas, antífona del *Magnificat*, introducía también esos dos misterios, diciendo que forman parte del mismo “hoy” de la Epifanía: la manifestación pública de Jesús, que comienza a hacer sus signos, sus milagros, y el Bautismo de Jesús en el Jordán cuando se dice, *"Este es mi hijo amado. Escuchadle"*. Es decir, es la manifestación de Jesucristo en sentido pleno. Esos dos misterios, el del milagro de las bodas de Caná de Galilea, donde Jesús empieza sus signos, y el del bautismo en el río Jordán, nos ayudan a entender también qué es la Epifanía. *"Epifaino"*, en griego, significa brillar, manifestarse, descubrirse. San Pablo en la carta a Tito dice: *"apareció Epifane, apareció la gracia de Dios aguardando la dicha que esperamos, la venida, Epifanella, de Jesucristo"*.

Por lo tanto, creo que es bueno también que en torno a este misterio de la manifestación, de la Revelación, del descubrimiento de hoy, hagamos una reflexión sobre la espiritualidad de la Epifanía, que yo quiero reducir a cuatro pequeñas enseñanzas, a cuatro breves enseñanzas sobre cuál es la espiritualidad de la Epifanía. Cuatro breves enseñanzas que las he resumido en cuatro términos muy breves, que son: somos **buscadores**, en segundo lugar somos **encontradores encontrados**, en tercer lugar somos **transformados** y en cuarto lugar somos **apóstoles**. Como unas características, como enseñanzas de la espiritualidad de la Epifanía.

En primer lugar, **buscadores**. El Señor sale al encuentro de los que le buscan. Así dice la Sagrada Escritura: *"sale al encuentro de los que le buscan"*. Y es muy importante, por lo tanto, tener ese espíritu inquieto y buscador. Es cierto que la iniciativa es de Dios, es verdad que la iniciativa es suya, pero esa iniciativa de Dios muchas veces se puede frustrar porque no exista en nosotros una verdadera búsqueda, por aquello de que es muy difícil darle de comer a quien no abre la boca, darle de beber a quien no tiene sed, es muy difícil. Somos conscientes de que ese es uno de los grandes retos de la evangelización, no solo dar de beber a quien tiene sed, sino suscitar sed. Porque existe esa distorsión. Hoy en día lo entendemos muy bien por la anorexia. La anorexia es la imagen perfecta para entender este problema. Puede ser que alguien se muera de hambre y no lo perciba. Pues algo ocurre así también espiritualmente hablando. El gran mal de nuestros días es la indiferencia.

Y entonces a lo primero que la Epifanía hace referencia es a que Dios sembró en el corazón del hombre una semilla por la que todos y cada uno de nosotros tenemos hambre y sed de Dios.

Quizás existe la tentación de pensar que esa hambre y sed de Dios en nosotros, puede ser en algunos más que en otros. Depende también de sensibilidades, de caracteres. Igual que hay personas que tienen más oído para la música, otras tienen menos oído para la música, pues también hay personas que tienen más hambre y sed de Dios, otras que tienen menos hambre y sed de Dios. Podíamos tener la tentación de pensar eso. Además, en una lectura de lo que uno percibe así a primera vista podría dar esa impresión. “Este tiene oído espiritual. Este no tiene oído espiritual”. Bueno, en primer lugar, si estuviese aquí algún músico, si estuviese Eusebio, que ya veo que no está, pues Eusebio nos diría, “Hombre, para empezar, el oído se educa”. Eso es lo primero, Y en segundo lugar, la comparación no es de recibo, porque el tener hambre y sed de Dios es algo consustancial al hombre, así como hay otros determinados dones, que son muy hermosos, muy bellos, pero en ellos no va la dignidad del hombre, en ellos no se juega la dignidad del hombre.

Sustancialmente el Evangelio impele a ese espíritu de búsqueda. “*Llamad y se os abrirá. Buscad y encontraréis, porque al que pide se le da*” etcétera. Fijaos que el Evangelio está impeliendo. Está intentando suscitar esas brasas debajo de las cuales se esconde el hambre y la sed de Dios. Pues el misterio de la Epifanía muestra hasta qué punto ese deseo, esa búsqueda de Dios, es importantísima, es determinante. Fijaos pues cómo esos hombres sabios magos llegados de Oriente seguían un signo, seguían una pista, una estrella, se habían puesto en marcha, habían discernido, o sea, estaban en estado continuo de discernimiento para buscar a Dios.

Incluso, fijaos bien, a un personaje como el de Pablo de Tarso, en el que alguno podría decir, “Bueno, pero Pablo de Tarso no fue alguien que tuviese una sed de Jesús, sino que fue Jesús el que salió a su encuentro sin que él estuviese buscando a Jesús. Más bien parece que huía de Él, y fue Jesús el que salió a su encuentro”. Sí, pero ese Pablo de Tarso, que era un hombre pasional, incluso en esa persecución que tenía contra los cristianos, había una búsqueda, aunque fuese equivocada, había una pasión por la verdad ante la que él no permanecía indiferente. Por lo tanto, la primera, digamos, llamada o la primera consecuencia para la espiritualidad que tiene la Epifanía es: sal, busca, ponte en marcha. Algo que está también muy ligado a los primeros estadios de la Revelación, a los que a Abraham, Yahvé le dice, “Sal de tu tierra, vete, ponte en marcha. Muévete”.

En segundo lugar, no solo buscadores, sino también **encontradores**. ¿Qué quiero decir con eso? Pues que no solo es importante tener un espíritu inquieto de búsqueda, sino tener una disposición a comprometerse con la verdad encontrada. Dice, de hecho, “*entraron en casa*”, cuando buscaron, cuando llegaron a Belén, aquellos magos de Oriente le dijeron, “Bueno, ya hemos encontrado, ya hemos terminado la yincana”. No, no, no. “*Entraron en casa y se postraron*”. Que es algo muy importante. Ojo con la actitud de quien juega a buscar, pero en realidad no quiere encontrar, que eso también existe en nuestra cultura. Existe un turismo ecléctico religioso que es un supermercado de las curiosidades, que en el fondo se siente muy a gusto con un coqueteo, con la curiosidad. “Yo estoy abierto a todo y comprometido con nada”. Eso también es muy típico de nuestro tiempo, y hay que decir que esa es una deformación de esa sed.

También es una posible deformación de esa sed de Dios con la que el Señor nos ha creado. Y muy avenida al relativismo, que en el fondo no busca, sino que se busca a sí mismo. Porque puede ser que alguien que aparentemente es un buscador, se esté buscando a sí mismo, en vez de buscar una verdad para adorarla. Luego no basta con ser buscadores, hay que ser encontradores. Aunque en realidad ser encontradores es **ser encontrado**. *“Entraron en la casa y se postraron para adorarlo”* representa en cierto modo entrar en casa, pues es el entrar en la iglesia, dejarse acoger por ella, dejarse cuidar por ella.

Bueno, primero ser buscador, segundo ser encontrador.

La tercera característica de esta espiritualidad de la Epifanía es ser **transformados**. La ordenación de nuestra vida desde la verdad encontrada, porque dice, *“Y cayendo de rodillas le ofrecieron oro, incienso y mirra”*. Sin esta disposición, en realidad, no somos verdaderos encontradores, no hemos sido encontrados. Es curioso que cuando se produce el encuentro con Jesucristo, viene la transformación de la vida. Como le ocurre a Zaqueo. Es maravilloso ver en ese episodio de Zaqueo en el Evangelio que cuando sale al encuentro de Cristo, cambia su vida. Y sin que nadie le haya dicho nada. Claro, es lógico que su vida cambie. *“La mitad de mis bienes se la doy a alguien y si algo le he robado a alguien, le daré cuatro veces más”*. Como consecuencia del encuentro, hay una transformación de la vida.

Ojo a los supuestos ideales sin transformación moral, porque el moralismo estará mal, pero también es otra deformación de nuestros días la supuesta espiritualidad sin transformación moral. Es la Nueva Era. Esa es la Nueva Era, tan peligrosa por otro lado, como el moralismo. Una supuesta experiencia espiritual que no transforma la vida, que suena más a un tiempo de relax, para luego compartir con alguien la experiencia vivida, pero que no transforma la vida.

San Ambrosio y San Benito decían que el secreto de la vida espiritual está en no anteponer nada al amor de Cristo. Cuando alguien se ha encontrado con el Amor, todo el resto de las cosas se redimensiona, se recoloca, vuelve a su lugar. Las cosas se resitúan desde ese encuentro habido y vivido. Cristo pasa a ser todo, todo para nosotros. Ordenación de la vida desde la verdad encontrada, transformados.

Y por último, la cuarta característica de esa espiritualidad de la Epifanía. Si la primera es buscadores, la segunda encontradores encontrados, la tercera transformados, la cuarta es **apóstoles**. *“Los magos se marcharon a su tierra por otro camino”*. Por otro camino. No es admisible que tras la vivencia del misterio de la Navidad, tras haber adorado a Dios en el nacimiento en la carne, continuemos en nuestra mediocridad, en la mediocridad que teníamos antes. Adorar a Jesucristo y permanecer sin transformarnos en nuestra vida, tiene algo de falta de respeto. Es como una profanación de un misterio santo. No solo transformados, sino apóstoles. *“Ellos volvieron por otro camino”*. El venerar el misterio de Jesús, y no transformarnos, y no convertirnos en apóstoles con la convicción de que Dios nos lo ha dado para los demás, pues tiene algo de profanación. Ellos volvieron por otro camino buscando siempre cómo llevar el mensaje del Reino de Dios a nuestro mundo. Ellos recibieron el mensaje de que no volviesen a Herodes, ir por otro camino. Tenemos que discernir de qué manera yo voy a ser mejor siervo, instrumento del Señor, para poder difundir su mensaje. Tener también creatividad en la

fidelidad de ese encuentro y de esa conversión. Una creatividad que es perfectamente conjugable con la fidelidad al Señor en ese encuentro.

Esta es, resumidamente, la espiritualidad que se deriva de esa Epifanía, que es manifestación, que es Revelación de Dios y que estamos llamados a acogerla con ese acrecentamiento de la búsqueda de Dios, respondiendo al hambre y a la sed de Dios que encontró en nosotros, siendo comprometidos con la verdad con la que nos encontramos, transformando nuestra vida desde esa verdad descubierta, revelada por Dios y convirtiendo nuestra vida en una ofrenda a Dios, para la evangelización del mundo.

El tercer misterio de la infancia de Jesús: **la Presentación de Jesús en el Templo**. La Presentación de Jesús en el Templo, en el capítulo segundo de Lucas, versículo 22 y siguientes. Dice así el punto 529 del catecismo: ***“La Presentación de Jesús en el templo lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor. Con Simeón y Ana, toda la expectación de Israel es la que viene al Encuentro de su Salvador (la tradición bizantina llama así a este acontecimiento). Jesús es reconocido como el Mesías tan esperado, “luz de las naciones” y “gloria de Israel”, pero también “signo de contradicción”. La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado ante todos los pueblos”.***

Curiosamente este punto del catecismo dice una cosa interesante, y es que la Presentación de Jesús en el Templo, en la tradición bizantina tiene otro nombre, se le conoce como “encuentro de su Salvador”. Es el encuentro de Israel con su Salvador. Así lo llaman ellos. ¿Cuál es la espiritualidad de este misterio de la Presentación de Jesús en el Templo? Obviamente tiene mucho que ver con lo que hoy vamos a celebrar en esos compromisos y en esas promesas camino hacia la vida esponsal con Jesucristo en la vida religiosa que hoy vamos a celebrar. Tiene mucho que ver. Y no es que tenga mucho que ver, es “la esencia”. Es el *totus tuus*, es el decir, “Mi corazón es tuyo. Soy de Jesús”. Hacer una ofrenda de nuestra vida en la que reconozcamos, descubramos que somos suyos y hemos sido poseídos por Él.

Para que esto sea verdad, para que esto no sea un brindis al sol, porque hay veces en que hay deseos maravillosos, muy bonitos, pero que luego se quedan en un deseo, “¿Qué podría hacer yo para que este deseo de ser del Señor, de ser suyo, no se quede en palabras hermosas, sino que se vaya transformando en la realidad de mi vida?” Pues yo me atrevería a decir que este mismo episodio tiene tres aspectos que nos iluminan en ello. El primero, la **humildad**: el *totus tuus*, sea tuyo, tiene siempre que estar enmarcado en un contexto de humildad. De hecho, al mismo tiempo que tiene lugar la Presentación de Jesús en el Templo, se ven signos de humildad. Por ejemplo, tiene lugar también la Purificación de María. Además siempre hemos dicho “Presentación de Jesús en el templo y Purificación de María”. María se somete al rito de la purificación después del parto, siendo así que ella sabía bien que su parto había sido virginal. Sin embargo, se somete a ese rito de la purificación. En la misma lógica en la que Jesús en el río Jordán, siendo así que Él no tenía que pedir perdón por sus pecados, sin embargo, también se puso en la fila de los pecadores y le pidió a Juan Bautista que le bautizase. Ya sé que no es comparable, María y Jesús, porque Jesús es redentor y María es redimida. Pero la lógica es la misma, que es la lógica de la humildad. La lógica de la humildad es el vaso elegido para que ese *totus tuus* sea verdadero, y no se

pierdan otras cosas, y no sea una búsqueda de nosotros mismos. La lógica del abajamiento “y pasó como uno de tantos ante los demás”.

Al mismo tiempo que la humildad, también la **esperanza** forma parte de ese vaso en el que se ofrece el *totus tuus*. Simeón y Ana son dos personajes que manifiestan, que significan, la esperanza de Israel. El cardenal Daniélou, que fue un gran estudioso de la infancia del Señor, y que tiene algunos libros muy interesantes sobre los evangelios de la infancia, estudiando este pasaje decía que él consideraba que Simeón y Ana pertenecían a la corriente sadocita de los judíos, que formaban parte de un judaísmo escatológico que esperaba la consolación de Israel: “Espero el consuelo, el consuelo de Dios, que Dios nos dé la consolación de Israel”. ¿Y qué se entendía por la consolación?: Que Dios venga. A mí qué me puede consolar: la presencia de Dios. ¿Cuál es la verdadera consolación? Que Dios venga. Mi esperanza es que Él en persona sea el que consuele un corazón que no quiere. Nosotros solemos decir, “aquí el que no se consuela es porque no quiere”. Y siendo conscientes de que a veces por la palabra consolación solemos entender “premio de consolación”. Es que hasta la propia palabra, la utilizamos como algo que es un sucedáneo: “premio de consolación”. Ya con eso me lo has dicho todo, que no es el premio de verdad. Nosotros no queremos el término consolación en ese sentido. Es que la verdadera consolación es la presencia de Dios. Ellos esperaban la consolación de Israel, tenían esperanza. Es que la Esperanza, y no las pequeñas esperanzas, sino la Esperanza con mayúscula, es que venga Dios, y Él consuele nuestro corazón, Él lo lleve a plenitud: es la Esperanza. No consolarse con menos. Ojo con el que se conforma con falsas consolaciones.

Humildad, esperanza, y también forma parte de ese vaso de la Presentación de Jesús en el Templo, que nosotros queremos también acoger en este tiempo de Navidad, la llamada que Dios nos hace a la **corredención**. Porque al tiempo que Jesús es reconocido como “luz de las naciones” y “gloria de Israel”, se nos anuncia también que será “signo de contradicción”. Se anuncia: será signo de contradicción y que estamos llamados a participar en esa contradicción. A María le dice, “Y a ti una espada te atravesará el alma, te atravesará el corazón”. Es decir, que ese *totus tuus* no va a tener lugar sin sangre. El *totus tuus* no es indoloro. El *totus tuus* está pronunciado también desde la Cruz de Cristo. Está pronunciado así: “Y a ti una espada te traspasará el alma”.

Por cierto, no sé si habéis visitado la ermita de la Antigua de Zumárraga. En esa ermita de la Antigua una de las imágenes que está allí es muy curiosa. Es una imagen de la Piedad en la que María sostiene a Jesús descendido de la cruz en brazos. Pero lo curioso de la imagen es que ese Jesús desprendido de la cruz en brazos que sostiene María es chiquitín, como si fuese un niño. Tiene el tamaño de un niño, pero es adulto. Es el Cristo crucificado, desprendido, pero puesto en manos de la Virgen como si fuese niño, y es adulto. Es una imagen muy curiosa, que está allí en la ermita de la Antigua y que obviamente me parece a mí que hace referencia a este misterio, al misterio de “y a ti una espada te atravesará el corazón”. Es decir, ese *totus tuus* también es una llamada a la fidelidad del martirio, a la fidelidad martirial, y a saber que la Redención no tiene lugar sin derramamiento de sangre. Ha tenido lugar por el derramamiento de la sangre de Cristo. Y estamos llamados también nosotros a mezclar nuestra sangre, nuestra sangre impura, a mezclarla con la sangre redentora de Jesucristo. De manera que, al mismo tiempo que somos purificados, nos convertimos en corredores. Es increíble

que el mismo momento de la purificación sea un momento de ser elevados a la corredención.

Por lo tanto, la espiritualidad de este tercer misterio de la vida de Jesús, de la vida oculta de Jesús, que es el de la Presentación de Jesús en el Templo, nos lleva a un *totus tuus*, todo tuyo, pero que tiene que estar vivido en la humildad, en la esperanza, y en la unión íntima con Cristo en la cruz, de una manera corredentora.

Y el cuarto misterio de la infancia de Jesús se nos propone en el punto 530, que es **La Huida a Egipto**. Y dice, ***"La Huida a Egipto y la matanza de los inocentes manifiestan la oposición de las tinieblas a la luz: "Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron". Toda la vida de Cristo estará bajo el signo de la persecución. Los suyos la comparten con Él. Su vuelta de Egipto recuerda el Éxodo y presenta a Jesús como el liberador definitivo"***.

Sí, también existe una espiritualidad que se desprende de ese episodio de la Huida a Egipto. El catecismo, curiosamente, une ese episodio con el prólogo del Evangelio de San Juan, cuando dice, *"Vino a su casa y los suyos no le recibieron"*, el rechazo de Herodes es paradigmático ante la llegada del Mesías. A nosotros nos puede pasar que, en nuestra vida, a veces los dones de Dios no los acogemos gozosamente porque nos quitan protagonismo, porque tenemos celos. Es interesante ver el perfil de Herodes, porque en el fondo, se ha subrayado mucho su crueldad, pero Herodes tiene mucho de tonto útil, no solo es un verdugo, también es una víctima. Roma le tiene perfectamente dentro de su estructura, le consiente porque le viene bien tener un rey de paja, que tenga a la gente un poquito contenta con que "aquí mantenemos algunas tradiciones vuestras", pero obviamente quien manda es Roma y le permitimos tener su corte, que se entretenga con sus fiestas. Es un tonto útil perfecto. Él piensa que tiene poder y no tiene ninguno.

Sin embargo, al final, es imagen perfecta de cuando nosotros, en nuestro pecado, pretendemos alcanzar un poder con el pecado, estamos siendo perfectamente manipulados por el demonio, queriendo alcanzar un poder que nunca se nos va a otorgar, y siendo manipulados para otra estrategia distinta a la nuestra. Ese es el perfil de Herodes. Es verdad que es un hombre lleno de crueldad, pero es un hombre lleno de miedos, lleno de complejos, lleno de querer ser algo cuando no es nada, de no aceptar su pobreza, la pobreza de su vida, y lleno de celos y de sentido de competencia, curiosamente, que llega a sentir como competitividad, como algo que le va a hacer sombra. Lo que son los dones de Dios, Herodes, en vez de sentir la llegada de Cristo como su liberación, la siente como alguien que viene a moverle la silla.

No es curioso que el pecado de Herodes está más cerca de nosotros de lo que podíamos suponer. La actitud de Herodes es la contraria de Juan Bautista. Juan Bautista es el que dijo, "Conviene que yo disminuya para que él crezca". Y Herodes viene a decir, "Cuidado con el que viene, a ver si me va a hacer sombra". Es justamente lo contrario de Juan Bautista. Juan Bautista había tenido un gran protagonismo en la preparación de la llegada de Jesús. Y cuando llega Jesús, él entiende que tiene que desaparecer. Herodes es al contrario, él no quiere que el don de Dios pueda quitarle de su sitio. Frente al cristocentrismo de Juan Bautista, es evidente el egocentrismo de Herodes.

Entonces, ¿cuál es la espiritualidad que se desprende también de esta gran enseñanza de la Huida a Egipto? La llamada a hacernos un corazón cristocéntrico y no egocéntrico, El dejar que Dios sea, que Jesucristo sea el centro de la historia. No tener miedo de que Jesús dirija los hilos de la historia, no tener miedo, no caer en la situación, en el absurdo de que yo pretendo ser el que dirija los hilos, los mueva. Deja que Dios sea al centro, deja que él reine, deja que él lleve la historia y haz un acto de confianza en ello. Finalmente, obviamente, así tiene lugar la historia por mucho que Herodes pretenda resistirse. Pero es terrible pretender resistir a que Cristo reine, a que Él sea el centro de la historia. Incluso combatirle, combatir que tal cosa puede acontecer, por nuestros miedos, por nuestros complejos y por nuestra falta de humildad, por nuestro egocentrismo. Creo que esa consecuencia de la espiritualidad de la Huida a Egipto es una llamada a que Cristo sea el centro.

Bien, como os decía, cuatro misterios de la infancia de Jesús. La Circuncisión, la Epifanía, la Presentación de Jesús en el Templo y la Huida a Egipto. Los tenéis en el catecismo del punto 527 al 530.

Os deseo de todo corazón que completemos la Navidad que hemos preparado, que la completemos plenamente empapados en los misterios de la infancia de Jesús, hacia los cuales tenía una especialísima sensibilidad San Ignacio de Loyola. El misterio de los Ejercicios Espirituales. Todos, en más de una ocasión, hemos tenido el gozo, la alegría, el don de Dios, de podernos empapar desde esa mentalidad, desde esa invitación contemplativa en la que San Ignacio de Loyola nos invita a hacernos presentes en esos misterios, a hacer una composición de lugar, a que también nosotros nos veamos presentes en los misterios de la infancia del Señor y que nos demos cuenta de que estamos en ellos.

Voy a concluir diciendo que en Zumárraga, en la parroquia, solíamos hacer un pregón de Navidad siempre. Y bueno, el problema está en que se van repitiendo los años y llegaba un momento en que decía, "a ver qué qué digo yo este año". Claro, te vas repitiendo y no es fácil la cosa.

Entonces, en una ocasión vi la película "La jauría humana", que no sé si os acordáis de ella, pero es uno de esos clásicos que merece la pena ver, en la que se hace un retrato de cómo en una sociedad cada uno puede retratarse yendo a lo suyo, como aquel que decía, "no, aquí todo el mundo va a lo suyo, menos yo que voy a lo mío". Pues entonces se me ocurrió hacer un pregón de Navidad desde la perspectiva un poco de esa "jauría humana", viendo cómo, entre los habitantes de Jerusalén, entre todos los que estaban ahí, se hace un retrato de cómo cada uno es. Es paradójico ver cómo podemos encontrar corazones tan egoístas y al mismo tiempo tan ilusionados, tan inocentes, tan desviados. Parece mentira que todos formemos parte de esa misma condición de hijos de Dios, y que hayamos sido redimidos por Él mismo. Es una paradoja ver en esa jauría humana los posicionamientos tan distintos, tan distantes, tan encontrados, ante ese mismo misterio. Que lo dice el versículo 11 y el 12 del capítulo 1 del Evangelio de San Juan: *"Vino a su casa y los suyos no lo recibieron"*, pero luego dice, *"Pero a los que lo recibieron les dio el poder para ser hijos de Dios"*. Ni más ni menos. ¡Qué paradoja!

Yo creo que en esta espiritualidad de estos acontecimientos se está desnudando el corazón del hombre ante la mostración del corazón del Niño Dios. Se muestra el corazón del Niño Dios y nuestro corazón queda al desnudo y se ven todas las

contradicciones. Y se ve cómo tenemos un corazón llamado a la santidad, pero al mismo tiempo fuertemente tentado. Y se ve la batalla que está teniendo lugar dentro del corazón de cada uno de nosotros.

En el corazón de cada uno está aconteciendo una gran batalla que es difícil percibir, difícil darse cuenta de ella hasta que nos ponemos en presencia del Niño Dios y allí descubrimos, dejamos al descubierto la verdad de nuestro corazón con sus contradicciones tan patentes. Vamos a pedirle a ese Niño Dios que no solo nos haga ver la verdad de nuestro corazón, sino que esa visión sea por su parte también sanadora.